

FRIGYES KARINTHY
VIAJE ALREDEDOR
DE MI CRÁNEO

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

Viaje alrededor de mi cráneo

Frigyes Karinthy

Viaje alrededor de mi cráneo

Adaptación de Juan Forn de la traducción del húngaro por F. Oliver Brachfeld

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Prólogo, por *Juan Forn*
Viaje alrededor de mi cráneo
Los trenes invisibles
Un cortometraje
Breves semanas y un instante larguísimo
El avestruz se defiende
Encuentro con un moribundo
Gotas de sangre en el fondo de los ojos
Entre acromegálicos y microcéfalos
Reflejos en el vidrio de la ventana
En Monte Sváb
El consejo de los Gyulas
Y de nuevo Viena
Los buenos samaritanos
La tentación de la muerte
Eventualmente, operación
Hacia el Norte, hacia el Norte
«*Le mie prigioni*»
Olivecrona
Una estrella que se encoge y se expande
El pabellón número 13
El diario habla de mí
Dos crisantemos blancos
Del tiempo y el espacio
La mitad de un perro negro
«Quitadle las ataduras»
La isla de Robinson

Karinthy, Frigyes

Viaje alrededor de mi cráneo / Frigyes Karinthy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-670-499-1

1. Narrativa Húngara. 2. Crónicas. I. Título.

CDD 894.511

Adaptación de Juan Forn de la traducción del húngaro por F. Oliver Brachfeld

Todos los derechos reservados

© 2017, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-499-1

Prólogo

En 1948, mientras esperaba con las valijas hechas el permiso para irse de Hungría para siempre, Sándor Marai se pasaba las horas en un sótano de la Biblioteca Pública de Budapest, leyendo diarios viejos que aguardaban la hora de ir al fuego. «Como buscan el agua subterránea los animales y las plantas en épocas de sequía, así buscaba yo, en las crónicas de poetas perdidos en las tabernas y redacciones, aquello que me quería llevar de mi país». Siempre quise saber quiénes eran esos autores de los cuales Marai se nutría y despedía en secreto en aquel subsuelo. Descubrí a uno de ellos gracias a la generosidad de un librero que me regaló un viejo y desvencijado ejemplar de *Viaje alrededor de mi cráneo*, de Frigyes Karinthy.

Frigyes es la manera húngara de decir Federico, pero a Karinthy todo el mundo lo conocía por Fritzi o Frik. No había autor más popular en Budapest en los años 20 y 30: escribía tres columnas semanales, divertía y se divertía por igual, de todo sabía y de todo opinaba: pregonaba el esperanto aunque se negaba a aprender una sola palabra en ese idioma; era capaz de escribir un gran poema y convertirlo después en copla publicitaria para un aviso de pasta de dientes; fue el inventor de la famosa teoría de los seis grados de separación con su cuento «Cadenas» (en el que sostenía que no había persona en el mundo a más de seis amistades de distancia de él) e igualmente famosa era su perpetua precariedad económica. Un día, en el Café Central, Karinthy estaba haciendo un crucigrama y delineando mentalmente una de sus parodias teatrales cuando oyó ruido de locomotoras. «En Budapest ya no hay tranvías y la estación de tren está lejos, ¿qué es esto?».

Como la trepidación ferroviaria cesó a los pocos minutos, Karinthy siguió con su vida cotidiana. Pero la tarde siguiente, a su paso por el Café Central, notó que las figuras ondulaban en el gran espejo de la sala, y cuando llevó a su hijo a la escuela este le dijo: «¿Por qué te desvías a la derecha todo el tiem-

po?». Y por la noche recibió una carta de su esposa Aranka que decía: «¿Y a ti qué te pasa? Has cambiado tu caligrafía, no puedo descifrar tu letra».

Lo que le pasaba a Karinthy era que tenía un tumor cerebral, en una época en que el ochenta por ciento de los tumores en el cerebro eran mortales. Eso que inicialmente sólo parecía una molestia en el oído o una vulgar presbicia en los ojos («Es sólo una intoxicación de nicotina y vida de café, no debes confundir enfermedad con malas costumbres»), va mutando en algo inconfesable para los médicos amigos de Karinthy, hasta que el eminente neurólogo Otto Pötzl le confirma en Viena lo que nadie se atreve a decirle en Budapest: que si no se opera en forma urgente va a quedar ciego, y que ese será sólo el primero de los terribles síntomas que le esperan.

La única persona en toda Europa capacitada para salvarlo es un cirujano sueco, el profesor Herbert Olivecrona, quien lo espera con el quirófano listo en su clínica de Estocolmo. Por haber estudiado en su juventud un año de Medicina, Karinthy cree que Olivecrona debe tratarlo como un igual. A la vez, no puede con su genio y se ofende cuando nadie a su alrededor valora sus chistes, su necesidad de inyectar humor al pánico que lo carcome. Todo esto es relatado en tiempo real porque Karinthy ha comenzado a contar en su columna semanal lo que le sucede desde que oyó por primera vez los trenes fantasmas. Sus amigos inician una colecta para pagar viaje y operación: sobres anónimos con billetes arrugados llegan desde todos los rincones de Hungría. Los lectores siguen paso a paso el trayecto del coche cama que parte rumbo a Viena y cruza luego Alemania rumbo a Escandinavia. Aranka, la esposa médica de Karinthy, es la encargada de tomar al dictado el folletín de su marido y repetirlo después por teléfono al diario de Budapest. «No van a dormirte durante la operación porque eso aumenta los riesgos. Pero no temas, el cerebro no siente dolor», le dice. «Ojalá doliera», nos dice él, acostado boca abajo en el quirófano mientras oye sordos ruidos en la parte trasera de su cráneo. «Porque si doliera significaría que estoy vivo. Esto no es natural, no es normal, es casi de mala educación».

Karinthy narra los hechos de manera extraordinaria: es testigo, víctima y narrador de lo que le va sucediendo. Utiliza primero todas las argucias posibles para negar la gravedad de su

caso y luego se abisma en él para que su testimonio llegue lo más hondo posible. Meticuloso y alucinatorio, burlón y emocionante, egocéntrico y universal, su libro es simultáneamente una novela de intriga y un caso clínico, un viaje al fondo del miedo y una bitácora de la resistencia, el chisporroteo de un espíritu brillante y el anticipo del derrumbe del humanismo que Europa padecería poco después.

Luego del éxito de la operación, cuando el paciente se reponía, una comitiva de amigos de Karinthy que había ido a Estocolmo entró en la habitación, rodeó a Olivecrona y comenzó a hacerle reverencias: «En nombre de Hungría, gracias». El cirujano se volvió hacia su paciente y le preguntó: «¿Quién diablos es usted en su tierra?». Sándor Marai podría habérselo explicado. No es casualidad que *Viaje alrededor de mi cráneo* fuera admirado por dos escritores tan disímiles como Marai y Oliver Sacks. En el prólogo a la más reciente edición en inglés (de la prestigiosa *New York Review of Books*), el gran neurólogo-escritor cuenta que descubrió *Viaje alrededor de mi cráneo* cuando era estudiante secundario en el Londres de posguerra, en una ajada edición popular de divulgación comprada a precio de saldo, y que por ese libro decidió a los quince años que dedicaría su vida al estudio del cerebro, y cuando se puso a escribir lo tomó de modelo porque, a ochenta años de su publicación original, sigue siendo el mejor relato autobiográfico que existe de un viaje al interior del cerebro humano.

Frigyes Karinthy volvió a Budapest luego de la operación, publicó su libro, retomó su gozosa rutina y, dos años más tarde, de vacaciones, cayó muerto de golpe mientras se ataba los cordones de sus zapatos, a pocos meses de que Hitler invadiera Polonia y empezara la Segunda Guerra Mundial.

JUAN FORN

VIAJE ALREDEDOR DE MI CRÁ- NEO

*Por encima de todos los mitos y leyendas,
dedico este libro a la ciencia auténtica y noble,
que jamás ha sido tan intolerante con la superstición
como la superstición ha sido con ella.*

LOS TRENES INVISIBLES

En el mes de marzo de este año —el día 10, para más precisión—, estaba una tarde en el Café Central de Budapest, ocupando mi mesa habitual cerca de una ventana desde la que se ve de un lado la Biblioteca de la Universidad y del otro un Banco sólo identificable por una placa que dice CASA MATRIZ. Siempre que veo esa placa pienso en el transeúnte que interprete mal la inscripción y confunda la entidad bancaria con una institución benéfica que prepara muchachas para el sagrado deber de la maternidad. No es mi caso: desde que perdí a mi madre a los seis años, la vida, esa áspera madrastra, me enseñó a diferenciar los asuntos de dinero de la educación pública.

Si bien esta debería ser la preocupación número uno de todo escritor que se precie, mi cabeza estaba más ocupada en esos momentos por asuntos pecuniarios de orden privado. Como es bien sabido, en un escritor pueden coincidir enfoques opuestos simultáneamente. Lo diré más claro: aquella tarde estaba tratando de decidir qué debía escribir antes, si un fundamental ensayo sobre el papel del hombre moderno en la sociedad, o mi largamente proyectada comedia en tres actos. Al final ganó la comedia, pues me permitiría vivir el tiempo necesario para escribir el ensayo, o por lo menos el que necesitaría si quería escribirlo con más cuidado que el que se aplica a las comedias teatrales.

Una vez tomada esta decisión, dejé escapar un suspiro de alivio. Por supuesto, también una comedia requiere preparativos: conversaciones con el director, ir a ver alguna que otra obra que se esté representando con éxito, ponerse al tanto de los proyectos ya existentes para la temporada en curso, y tal vez hasta consultar actores. Ya era hora, además, de que retomara mi carrera teatral; en cualquier momento sería demasiado tarde. Estuve a punto de telefonar a D, cuando me acordé de que Pirandello no había empezado a escribir sus mejores

obras hasta los cincuenta y seis años. Anulé inmediatamente la comunicación telefónica que acababa de encargarme al camarero. Hasta los cincuenta y seis me quedaba tiempo de sobra para resolver el crucigrama que había empezado entretanto.

Debo confesar que, desde hace años, descifro cada semana el crucigrama que aparece en la última página de mi periódico. Es mi manera favorita de pensar. Tengo la obsesión de que, si una vez me olvido por casualidad de hacerlo, no tendré suerte en toda la semana. El asunto me suele causar no pocas contradicciones, porque el artífice de esos engendros (a quien no tengo el gusto de conocer) suele intercalar en sus crucigramas un aforismo en vertical y otro en horizontal, bajo el título «Conociendo Refrán Húngaro». Sin duda se debe tratar de refranes no sólo excelentes sino incluso muy magiáres, pero padecen de un defecto, a saber: que no existen ni han existido. Me parece que el redactor en cuestión los inventa él mismo y los atribuye luego al vulgo por pura modestia, o por una especie de coquetería. Imaginen la tarea de reconstruir en un crucigrama refranes inexistentes con las mitad de las letras faltantes. Muchas veces he pensado escribir al periódico pidiendo explicaciones o directamente insultar al fulano en público.

Es probable que estuviera pensando precisamente en eso aquella tarde, porque recuerdo que estaba muy excitado. No quiero culpar de mi mal a ese distinguido colega de la prensa (más adelante se verá que era de fecha más remota), pero lo cierto es que estaba furioso por el esfuerzo mental que me estaba costando reconstruir el supuesto refrán. En ese mismísimo momento empezaron a partir los trenes. Con una exactitud ferroviaria, a las siete y diez minutos.

Levanté la cabeza extrañado. ¿Qué había sido eso?

Era el inconfundible gruñido de esfuerzo cuando las ruedas de una locomotora se ponen en movimiento de a poco, y empiezan a chirriar, y los vagones van pasando lentos a nuestro lado, con una trepidación que va disminuyendo a medida que el tren adquiere velocidad y se aleja.

Tal vez habría sido el motor de un camión. Volví al misterioso refrán del crucigrama. Pero un minuto después, salió el segundo tren, con la misma trepidación y estridencia. Giré ner-

viosamente la cabeza hacia la calle. ¿Desde cuándo pasaban trenes por ahí? ¿O era que estaban probando algún vehículo nuevo? El último tren que vi por las calles de Budapest fue cuando tenía siete años: era un tren de vapor que pasaba por la calle Baross, donde vivíamos en aquella época. Desde entonces, sólo existían tranvías eléctricos, y el más próximo pasaba bastante lejos, por la calle Egyetem. Miré por la ventana: tan sólo circulaban unos cuantos automóviles y los peatones habituales. Volví al crucigrama pero levanté bruscamente la cabeza tres veces más: recién con el sexto tren, me di cuenta de que estaba alucinando.

Nunca en mi vida había tenido alucinaciones, pero me había ocurrido a menudo desde mi infancia que, al estar tranquilamente en casa, o al ir caminando por las calles, oía a veces pronunciar mi nombre, en una voz muy débil, casi imperceptible, como una advertencia, o como si me dirigiese la palabra algún pariente muy tímido y muy pobre que no se atrevía a levantar la voz. En ciertos momentos estaba punto de reconocer esa voz, de identificarla, pero nunca llegaba a hacerlo: debía ser alguna voz olvidada de la infancia, de alguien que ya había muerto, o quizá fuera la de un pariente lejano que se había escondido de la familia y ahora quería comunicarme algo, sin más aplazamiento y sin éxito.

Al principio solía mirar atrás y a los costados, y al darme cuenta de que mi oído me engañaba, dejaba de preocuparme y continuaba mi camino. Incluso experimentaba cierto agrado al escuchar aquella misteriosa voz. Pero esta vez se trataba de algo muy distinto. El ruido era imperioso, encarnizado, una trepidación tan sonora que opacaba los pequeños ruidos de la vida real: el camarero me estaba diciendo algo que yo no lograba escuchar, mientras buscaba en vano la fuente del ruido.

«Deben venir de afuera. Si no vienen de afuera...», me dije a mí mismo. Puesto que no experimentaba ningún otro síntoma, no me asusté en lo más mínimo; sólo encontré el fenómeno de lo más extraño. Y me dije que no había perdido la cabeza, no estaba alucinando, porque en ese caso sería incapaz de pensar que se trataba de alucinaciones. El problema era otro.

UN CORTOMETRAJE

Cenamos en casa mi hijo Cini y yo. Estamos haciendo vida de solteros, pues mi mujer está estudiando freudismo y neurología en Viena, en la clínica Wagner von Jaureg. Charlamos de geometría y de física; de máquinas, en particular del organismo humano. Cini, que está en cuarto año de bachillerato, no se da cuenta de que a menudo me valgo de él como conejillo de Indias: en medio de conversaciones sobre sus estudios introduzco de contrabando teorías personales que aún nadie conoce, experimentando su efecto en él. Ahora él quiso saber algo acerca del mecanismo de pensar y los reflejos condicionados, y yo empecé a ofrecerle ejemplos de estímulos eléctricos en la central del cerebro para pasar rápidamente a mi manía favorita: el lenguaje autónomo de los órganos.

Nuestros órganos poseen cada cual su propio medio expresivo: saben «hablar»; sólo hace falta comprender lo que dicen. Citándome a mí mismo como ejemplo, le explico que, al pensar, soy capaz de determinar tranquilamente de qué parte de mi cerebro surge el pensamiento actual. Cuando quiero calcular, inventar un juego de palabras, analizar los pros y los contras de una situación, todo eso ocurre en la parte superior del cráneo, bajo mi frente. La conciencia de los sentimientos, la apreciación de la música, el fluir de las emociones (*el amor*, pienso durante mi explicación, pero no lo digo en voz alta) se producen, en cambio, en la parte posterior.

Mientras hablo con mi hijo decido en mi fuero interno que esta noche, en la cama, continuaré mis experimentos: desde hace años me ilusiona la idea de que, mediante prácticas apropiadas, sea posible dirigir los pensamientos como si fuesen ganglios, desde adentro, tal como el atleta sabe mover sus músculos o el pianista sus dedos. Debo decir que inventé este juego años atrás, contra el insomnio: podríamos conciliar el sueño sin tomar ningún somnífero si pudiéramos hallar esa palanca en el bulbo de la imaginación desde la cual fuera posi-

ble adormecer la central entera (como Arquímedes con su palanca se proponía mover la Tierra) y paralizar el engranaje. Cini, que evidentemente se aburre, se pone a hablar de waterpolo y de que ha ganado una prueba de salto en alto. Modestamente, pero no sin cierta exageración (en realidad es una impertinencia ser modesto), le recuerdo mis propias proezas deportivas juveniles. Menciono también que, desde que tuve escarlatina y me operaron de apendicitis a los nueve años, no he vuelto a estar enfermo. En secreto, espero impresionar a Cini con esto.

Al pasar, cruzan por mi mente los trenes de esta tarde, pero los olvido enseguida.

A la mañana siguiente, a las ocho, vienen a buscar unas pruebas de imprenta. Luego comparece mi secretario, a decirme que el archivero que compré ayer tan barato necesita ser barnizado, y que valdría la pena que hablara yo mismo con el ebanista pues, además de evitar el posible engaño, quizá me hagan precio. Recibo al ebanista y le hablo con cierta superioridad condescendiente, empleando giros populares, como suelo hacer cuando trato con la gente sencilla. Me gusta que me llame señor escritor. Terminada la charla me siento a escribir una columna al correr de la pluma y, a las once, ya estoy en la editorial para decidir el orden de los cuentos de mi nuevo libro y el título. Primero pienso ponerle *Mi madre*, pero luego, no sé por qué, elijo *Enfermos sonrientes*, aunque no me satisface en absoluto como título para todo el libro. Me hace pensar en el viejo libro de Kosztolányi, *Enfermos*. Un escritor progresista y potente debe emplear palabras enérgicas, no es época para complacerse en morbosidades, a la manera de los cándidos y blandos impresionistas de antes de 1914. El arte no es un estado relativamente enfermizo: al contrario, es más bien una salud especial y superior.

De la editorial voy al periódico; pido tema para un reportaje; en la antesala encuentro a B. Hablando con él, convenimos en la necesidad de hacer nuestra revista lo antes posible, puesto que, si aparece en primavera, para Navidad tendremos asegurado el triunfo. Me entregan una carta de una sociedad literaria que me invita a dar una conferencia. Ahuyento lejos el